

Historia euskalduna.

Urdaneta y la conquista de Filipinas.



Andrés de Urdaneta

EL mar, ese desierto líquido que con su bramido eterno y su no interrumpida inquietud parece hecho para llevar el terror á los espíritus más serenos, fué siempre campo propicio á los esfuerzos de los bastos. En él labraron gloriosas hazañas y él les sirvió de vía para llevar triunfante á los más lejanos confines el nombre de Euskalerría. No sé si el secreto impulso que a sus corazones dió alientos para tan magnas empresas, sería, como con frase ma-

gístralmente ruda y gráfica dijo Lope García de Salazar, *el buscar un conducho para amatar las ganas del comer*. No sé tampoco si sobre esta razón prosaica y mundana se elevaría dominadora en el alma de

los navegantes aquella seducción misteriosa de que fué víctima el pescador de la balada de Goethe, seducción poética que Carmelo de Echeagaray supone unida en nuestros navegantes á la causa en cuya existencia vió Lope de García de Salazar el origen de las magnas empresas desarrolladas por los euskaldunas del mar. Pero fuera porque en ruda lucha con las olas y las tempestades hallaran medios de vivir, fuera porque el sublime espectáculo de contemplar un círculo formado por el cielo y el mar que se abrazaban les subyugara, es el caso que los euskaldunas jamás vacilaron en buscar tierras vírgenes y en hacer que renovaran sus cantos ecos que nunca habían reproducido otra cosa que el rugir de las olas y el bramido de los huracanes

¿Qué de particular tiene, pues, que al producir sus efectos el movimiento de exploraciones marítimas iniciado á principios del siglo XV por el infante Enrique *el Navegante* de Portugal, entre todos descollaran por su saber y sus audacias los marinos bascos? ¿Qué hay de extraño en que durante el siglo XVI, nacido en plena fiebre de conquistas y viajes, surgieran de todas partes navegantes bizcainos y guipuzcoanos? Nuestros hombres poblaban barcos que sé hacían á la vela por rasgar los misterios imponentes de espacios no conocidos, peleaban en armadas de barquichuelas frágiles, ponían sus inteligencias al servicio de la ciencia náutica aun no edificada sobre bases firmes, y alzábanse triunfantes donde quiera que llevaban sus energías.

Por eso, hoy puede presentar la historia euskalduna á la faz del mundo, páginas brillante: esculpidas por sus hijos entre las olas del mar.

Y los destellos vivos de esas páginas gloriosas no podían ser invisibles á los ojos de quienes sienten las caricias benditas del renacimiento euskalduna que comienza á alborear. La luz de ese reconocimiento, rasgando las nubes y nieblas que envolvían á la estatua de la historia, va haciendo que al quebrar sus rayos en las letras de oro del pedestal, resurjan triunfantes escenas y nombres que sobre la superficie de las aguas se hicieron gloriosos. A la luminosa conferencia que narrando hechos llevadosá cabo por marinos bizcainos escribió D. Julián de Salazar, y á la brillantísima que la historia de los marinos guipuzcoanos sugirió al señor Marqués de Seoane, quien ampliando las páginas de su Conferencia ha publicado recientemente un libro sobre «Navegantes guipuzcoanos», ya ventajosamente juzgado por la crítica, hemos de añadir la obra cuyo título es el mismo que estas líneas en-



P. Fermín de Uncilla

cabeza. El autor del histórico estudio es el P. Fermín de Uncilla, y el libro lleva un prólogo del cronista de las Provincias Bascongadas don Carmelo de Echegaray.

La obra escrita por el P. Uncilla, endereza sus páginas á poner de relieve la valía indiscutible de un guipuzcoano ilustre: Urdaneta. Y al leer el libro, la imparcialidad recta y serena del autor es la nota primera que llama la atención. Basco era Urdaneta y también el P. Uncilla; los dos fueron religiosos (1), y ambos propagaron la fe de Cristo desde la preclara orden Agustiniiana. Y á pesar de tantos puntos de contacto que indudablemente incitarían al P. Uncilla para que á su biografiado rodea-

ra de aureolas atrayentes y sugestivas, supo presentar la verdad engalanada tan sólo de sus bellezas naturales. Por eso el P. Uncilla no va-

(1) El P. Uncilla no pudo experimentar la satisfacción de ver publicado su libro, puesto que falleció antes de que la obra saliera á la luz pública.

ciló siquiera en deshacer leyendas que atribuían á Urdaneta méritos imaginarios, y separó para siempre su nombre de las campañas de Flandes é Italia, en las que se suponía á Urdaneta haber tomado parte con gloria no escasa.

Tampoco de la condición religiosa de ambos se sirvió el P. Uncilla para recargar en Urdaneta las excelentes dotes de misionero que poseía, y dejar relegada á segundo término la gloria que como marino excelente y cosmógrafo aventajado hubo de merecer. Nada de eso. Por el contrario, el P. Uncilla pareció complacerse en presentar á su biografiado como hombre de ciencia no común y dotado de tino singular que enderezó no pocos errores de expertos navegantes é hizo abortar en lejanas tierras tempestades que las desavenencias y ambicioncillas hacían presagiar y amenazaban dar al traste con el éxito de las expediciones. Siempre con verdad, eso sí, porque sin escrúpulo ninguno, aun

en el terreno científico, despojó el P. Uncilla a esclarecido hijo ordiziano de galas que creyó no merecer; tal sucede cuando asegura no ser probable que Urdaneta, á quien varios historiadores atribuyen este mérito, añadiera «aquel viento á la aguja que con vocablo indiano los marineros llaman huracán».

Tomando la figura de Urdaneta, como



Juan Sebastián Elcano

principal, el libro que nos ocupa hace historia completa de las vicisitudes porque antes de conquistar las islas Filipinas hubieron de pasar tantos y tantos navegantes que con rumbo hacia ellas surcaron los mares.

La expedición capitaneada por Magallanes sirve de punto de partida al relato histórico, y á esa expedición se sigue paso a paso en las páginas de la obra hasta dejarla en Tidor para acompañar en su viaje de vuelta al glorioso Elcano, quien con su buque cargado de cartas de sumisión y regalos de los régulos de aquellas remotas islas, llegó á España dando la vuelta por las Indias, y grabando, al circundar el mundo, la más imperecedera estela que jamás rasgó los mares. *Tu primus circumdediste me.*

Bajo las órdenes de Fray Juan García Jofre de Loaisa, organizóse la segunda expedición en 1525, y esta es la fecha en que Urdaneta comenzó á dar pruebas de su valer innegable luchando heroico contra los portugueses que les disputaban el dominio de las islas, llevando con sus consejos la luz serena á inteligencias turbadas por el cúmulo de atenciones que exigían los trabajos y penalidades inacabables, y suavizando con tacto exquisito las asperezas peligrosísimas de quienes ocupaban y pretendían ocupar deseados puestos. Al fallecer Loaisa, Elcano vino á hacerse cargo del mando de la Armada, pero aquel hombre templado en el yunque duro de las calamidades y los peligros, hubo también de sucumbir, y fué Urdaneta, su paisano, quien le ofreció lecho de muerte en sus brazos caritativos.

Vuelto á España, Urdaneta entregó al Emperador una Memoria, en la que narraba cuanto de interesante ocurrió en su viaje á la fainosa expedición Loaisa. Marchó luego á México y allá, el año 1552, abrazó el estado religioso alistándose entre los hijos de San Agustín.

En la siguiente expedición, en la que en 1554 se hizo á la vela bajo el mando de Legazpi, fué donde Urdaneta demostró de modo palpable su saber en la ciencia de la navegación, puesto que tras discusión constante con los pilotos acerca del camino que los buques debían seguir, el parecer de Urdaneta triunfó plenamente ya que los resultados le dieron la razón. Desde entonces adquirió el nombre de Urdaneta relieve cada día creciente, y su actividad como luchador, como cosmógrafo y como misionero, le granjearon la amistad y cariño de los sabios y de los buenos.

Murió en México en 1568 y no hemos de seguir en estas líneas

paso á paso hasta entonces al héroe, al santo, al sabio guipuzcoano. Quien quiera hacerlo, ahí tiene el libro luminosísimo del P. Uncilla, pletórico de noticias y detalles envueltos en pasajes amenos. No es su obra una sucesión rígida de fechas y datos históricos, que si bien prestan abundante luz á los investigadores, no incitan á ser leídos por quienes buscan amenidad en las narraciones. Es, por el contrario, un libro deleitoso en el que las costumbres de las gentes sorprendidas en sus islas por los navegantes, dan al autor materia sobrada para llevar á todas las páginas creciente interés, doblemente subyugador por el estilo correcto á la vez que sencillo y claro en que están expuestas.

Del prólogo escrito por Carmelo de Echegaray ¿qué hemos de decir que no se suponga ya al citar su nombre? Nadie como él, entre los escritos bascos, sabe amalgamar la erudición y la brillantez de estilo. Asombran verdaderamente el poder de asimilación del Sr. Echegaray para recordar cuanto lee, y la elegancia expositiva con que exterioriza cuanto recuerda. Estas dos condiciones unidas á su afán investigador hacen del Sr. Echegaray un historiador profundísimo y un literato brillante a la vez. El prólogo de la obra redactada por el P. Uncilla, será demostracion plena de lo expuesto, si aun hicieran falta pruebas para creerlo.

Y terminemos felicitándonos de que los escritores bascos dirijan sus afanes al enaltecimiento y progreso del suelo que les vió nacer. Ya que solo sinsabores y amarguras conquistaron para sí aquellos héroes que cruzaron los mares por llevar á tierras remotas la luz de la civilización, grabemos siguiera sus nombres en los corazones y recordémosles con cariño.

GREGORIO DE MÚGICA.

